

### ***Barrios de antes, barrios de ahora...de la solidaridad a la gentrificación***

La película *El penalti más largo del mundo* de Roberto Santiago, estrenada en 2005 en España, con críticas favorables, aunque no muy enfáticas, supone un alarde de la solidaridad de un barrio obrero en Madrid. Todos a una como en *Fuenteovejuna*, los vecinos luchan por ver a su equipo de fútbol el Estrella Polar (curioso nombre) encumbrado a Segunda Regional, cuyo triunfo les llevará, a jugadores y familiares a disfrutar de unos días de ocio en la Manga del Mar Menor.

Una ilusión colectiva al alcance de su mano, bueno, del tino en parar un penalti.

Esta anécdota argumentativa, porque a pesar del título, el film no va de fútbol, provoca una red de compañerismo entre los habitantes de dicho barrio, alguno de ellos jugadores del mismo equipo: comienzan las reuniones entre todos, encuentros y entrenamientos en el campo, celebraciones en un bar ruidoso, lleno de luces y música donde comparten sueños y cervezas mientras observan a David Beckham en la televisión marcar gol... “ese sí que vive bien, sí, y sí que gana millones” dirán todos.

Resulta entrañable seguir las peripecias del conjunto coral protagónico, es decir, cómo desean salir de ese barrio donde las penurias son el pan de cada día: alguno de ellos en el paro, otros sin posibilidad de formar familia, un migrante que desea ahorrar para comprar una casa y vivir con su novia, vendedores en el supermercado que da el nombre y patrocina al equipo, un quiosquero con ínfulas de fundar su propio periódico deportivo, el portero suplente soñando con viajar a París...

Parece un auténtico retrato social, una comedia humana, con ciertas pretensiones de ironía y sarcasmo por parte de un barrio del extrarradio capitalino donde creer en los sueños y lograrlos se hace difícil, y cumplir ciertas expectativas sociales y económicas, personales y afectivas, muy complejo. Las circunstancias son las que son y aunque no se amilanan, conocen sus límites, por eso aquí se cumple: “soñar es gratis”.

Aunque la amargura y la sonrisa alicaída son constantes, los lazos interpersonales creados, la ayuda y colaboración de unos a otros son la tónica que teje el hilo narrativo de los fotogramas de la cinta.

Todos se conocen, y ese conocimiento estrecha sus ganas de triunfar parando un penalti porque será la llave para sus vacaciones fuera de la ciudad. No necesitan dar la vuelta al mundo ni realizar grandes compras estratosféricas, ni ahorrar denodadamente para la

vejez o conocer a personajes famosos y rutilantes... solo viajar juntos y disfrutar de su tiempo libre.

Se impone el instante, el aquí y ahora, un futuro a corto plazo dado que el porvenir: “¡cuán largo me lo fiáis!” Mejor asegurar el pájaro que la bandada.

Podría parecer que se trata de un cuadro de “pringaos” ... pero, bien mirados, constituyen una gran mayoría de nuestra sociedad actual, que intenta, como puede, sobrevivir aun a costa de esperanzas más o menos plausibles, más o menos alcanzables.

Todo lo anterior me lleva a pensar en una palabra muy de moda últimamente: la “gentrificación” de la que se hacen eco políticos, medios de comunicación, agrupaciones vecinales, sociedades financieras, propios y extraños y que consiste, en el proceso de renovación de una zona urbana más o menos popular, deteriorada en la mayoría de los casos, que implica el desplazamiento de su población original, por parte de otra de un mayor poder adquisitivo (RAE, dixit).

Me recuerda al fenómeno de la “España vaciada” pero en escala urbanita: quítate tú, que vengo yo (este fleco, para otra ocasión).

Así pues, Madrid adquiere categoría de epítome, modelo de ciudad donde puede pasar de todo o casi, desde lo mejor hasta lo peor, una ciudad protagonista que determina los destinos de sus habitantes, un coro de mediocres con el sentido de medianía, de personas-personajes “reguleros”, ni fú ni fa, diríamos, anodinos, incluso, en quienes podemos ver un espejo que nos devuelve la propia imagen más o menos desfigurada, más o menos certera.

*El penalti más largo del mundo* pone delante de nuestros ojos la solidaridad que se practica entre la clase trabajadora en medio de una cotidianeidad que golpea las vidas reales y ficticias con la idea final de que vale la pena vivir; el contexto en el que se enmarca todo ello lo conocemos: tras los atentados del 11M y las elecciones generales que dan el triunfo al PSOE y José Luis Rodríguez Zapatero a la cabeza de un nuevo gobierno, el país asiste a la aprobación del matrimonio homosexual y a la crisis económica de 2008; ya se sabe que cuando estornuda Estados Unidos, la gripe llega con una deuda inmobiliaria insostenible por muchos pañuelos de papel que preparemos: imposible hacer frente a los pagos de los préstamos hipotecarios.

Aquellos barrios tan solidarios ahora se han convertido, principalmente en el centro de las grandes urbes, en masas de población que vienen y van, que llegan y desaparecen, que pasean y visitan, compran, gastan...un trajinar de abejas en una *colmena* rugiente. Igual que en París, por ejemplo, o Barcelona: el gentío que pululaba y daba vidilla a calles, plazas, esquinas...ha devenido en “gentrío”, del inglés *gentrification* que deriva del sustantivo *gentry* :‘alta burguesía, pequeña aristocracia, familia bien o gente de bien’; poco o nada que ver con los vecinos que hacen, hacían la compra diaria en el ultramarinos debajo de su casa o en el súper, que se reunían en el bar de Paco por las tardes después de entrenar para el partido del sábado.

El palabro gentrificación, me malicio que esconde muchos intereses económicos, sobre todo, y pocas ideas de humanismo y humanidad. Dicho vocablo tiene sus correspondientes en francés (*gentrification*), alemán (*Gentrifizierung*) o en portugués (*gentrificação*), por ejemplo, como resultado del hecho global que atañe a tantos países, no solo al nuestro. Creado el modelo social en uno, las piezas del puzzle encajan en el resto, como en el juego del dominó una contamina a la otra y lo que parece ser bueno y rentable (según para quién) en una capital europea, se traslada a nuestro país.

Estoy segura de que, si hoy se rodara la película de la que venimos hablando en estas páginas, cambiaría el contenido, la carcasa y hasta los personajes. Los protagonistas se atrincherarían en su barrio querido, hecho a su medida sin el menor atisbo de cruzar esas fronteras imaginarias y reales para acceder a una cuadrícula urbanística de inimaginable e impensable acceso. Recluidos en su hábitat conocido, en su ¿zona de confort?

Al tomarnos un lapso, es fácil contemplar, no solo con los ojos de la cara sino también con los ojos de la inteligencia, cómo se aprecia un cambio -radical- de costumbres: los hábitos de antaño, de no hace muchos años, ceden a otros actuales, en plena efervescencia, imparables: la despoblación del casco urbano de las ciudades más grandes y la “repoblación”, toda una auténtica reconquista para volver a poblarlo, pero con otro aspecto “remozado”, que poca consonancia guarda con tiempos pretéritos, un desfile, una cadeneta de eslabones formada por hoteles a cascoporro, habitaciones compartidas, pisos turísticos, bloques para visitantes coyunturales y...los habitantes originarios, los de toda la vida, salen de sus moradas como alma que lleva el diablo para “facilitar” la ocupación de un nuevo relleno.

Seguro, que, en los barrios de antes, los del extrarradio, los protagonistas del film, pronto verán surgir nuevos modos de vida, que ya empiezan a existir: “cajas” apiladas en bajos interiores, cuyo exterior se camufla con espejos opacos, donde pernoctan habitantes incapaces de sufragar una vivienda digna, cápsulas en modo “nipón” donde recostarse y pasar las horas hasta el nuevo día.

De la solidaridad barrial a la gentrificación céntrica, solo un paso. Al tiempo.